



LADRONAS VICTORIANAS

CLEPTOMANÍA Y GÉNERO
EN EL ORIGEN DE LOS GRANDES ALMACENES



NACHO MORENO SEGARRA



**levanta
fuego**

Primera edición: febrero de 2017
Segunda edición: marzo de 2017
Tercera edición: septiembre de 2017
Cuarta edición: diciembre de 2017
Quinta edición: octubre de 2018
Sexta edición: septiembre de 2021

© Nacho Moreno Segarra, 2016

Maquetación: José María Lázaro Castillo

Edición, corrección y diseño: Levanta Fuego
www.levantafuego.com

ISBN: 978-84-617-8310-6

El contenido de esta obra puede ser distribuido, copiado y comunicado libremente, siempre y cuando su uso sea no comercial. Para cualquier otro uso, se ruega contactar con la editorial.

Para Teresa, Sara y Roque.
«Meco sola è l'innocenza
Che mi porta a naufragar»



ÍNDICE



Introducción.....	7
Ladronas victorianas.....	13
La génesis de las pieles.....	17
Dos urracas decimonónicas: <i>Mrs. Ella Castle</i> y <i>Mary Ramsbotham</i>	23
El comercio es un gran invento.....	51
El lugar del crimen: el camino de baldosas amarillas hacia los grandes almacenes.....	69
Peripatéticas y <i>flaneuses</i> : la mirada y el romance con los objetos.....	95
Las reinas del proletariado y las esclavas del comercio	137
Sufragistas, compradoras, rompedoras de cristales y otras chicas del periodo	161

La obligación de lucir y la necesidad de robar.....	201
Conclusiones: contradicciones cleptomaniacas	229
Agradecimientos y una disculpa.....	239
Bibliografía	243



INTRODUCCIÓN



El ruido de los cristales rotos se oye por toda la calle. Los escaparates de Oxford Street acaban de estallar. Con el martillo todavía en la mano, las autoras del sabotaje gritan la frase que se ha convertido en el lema del ala radical del sufragismo inglés: «Acciones, no palabras». No era la primera vez que lo ponían en práctica. En los últimos años se habían sucedido los disturbios y los actos de sabotaje, incluyendo el incendio de varios edificios públicos y de las viviendas de políticos contrarios al voto femenino. Antes de que la policía pueda acudir al lugar de los hechos, se oye el estallido de los escaparates de una calle cercana. Después vendrán muchos más. En una acción coordinada, aquel 1 de marzo de 1912 cientos de sufragistas convergieron en la zona comercial de Londres para hacer saltar por los aires

los escaparates de los establecimientos. Una calle cada quince minutos. Cuatrocientos comercios atacados. Más que un sabotaje, un acto de guerra.

La elección de los comercios como objetivo del ataque no había sido casual. La aparición de los grandes almacenes unas décadas antes no sólo había cambiado la geografía de las ciudades, sino también las costumbres de los que transitaban por sus calles. Las mujeres burguesas, que hasta entonces habían estado recluidas en el interior de sus hogares, llenaban ahora las calles para comprar en esos establecimientos. El acto de la compra había dejado de ser una labor molesta que se dejaba al servicio o que se solventaba lo más rápido posible con la visita de sastres y artesanos al hogar. Los lujosos centros comerciales lo habían convertido en un acto deseable, en la ocupación favorita de las mujeres de clase media y alta, que así además podían adquirir y mostrar fácilmente los objetos materiales que simbolizaban su estatus social.

Los productos que vendían los centros comerciales no estaban destinados sólo a las mujeres, pero su clientela siempre fue mayoritariamente femenina. Esto tuvo un profundo impacto en los discursos sociales sobre el género, que se vieron modificados

por la aparición de la mujer de clase alta en el espacio público. Las obreras nunca habían dejado de transitarlo en sus trayectos a lugares como el trabajo o el mercado, pero los discursos sociales suelen ser contruidos por la clase dominante y en el caso de las mujeres victorianas eso implicaba un fuerte control sobre sus cuerpos y la reclusión en el hogar. Las mujeres que andaban por la calle sólo podían ser seres de moral cuestionable, desgraciadas dedicadas al trabajo físico o la prostitución. Nadie que mereciese respeto.

Sin embargo, la aparición de los grandes almacenes obliga a cambiar ese discurso. Las burguesas comienzan a salir del hogar para comprar y al hacerlo tienen que enfrentarse a situaciones que no habían vivido hasta entonces. Una de ellas es el acoso callejero por parte de los hombres, que hasta ese momento sólo habían tenido que sufrir las mujeres de clase baja y que ahora se hacía público en los artículos de las feministas y las cartas de quejas a los periódicos. Otra será la del robo de artículos, considerado entonces algo propio únicamente de seres abyectos, de desviados que carecían de cualquier norma moral. Cuando las mujeres burguesas sean descubiertas robando en los centros comerciales, el discurso tendrá que modificarse y el patriarcado echará mano del dispositivo

de la psiquiatrización. La cleptomanía sacará a las burguesas del grupo social de las mujeres abyectas para meterlas en el de las locas, un poco más respetable pero cuyos cuerpos serán igualmente sometidos y controlados.

Pero la historia de los centros comerciales no es únicamente la de sus clientas, sino también la de sus trabajadoras. Al otro lado del mostrador, las dependientas se verán obligadas a trabajar jornadas de cien horas semanales sin un solo día libre. Obligadas en muchos casos a vivir en dependencias proporcionadas por sus empleadores, tendrán que subsistir en habitaciones abarrotadas donde era frecuente compartir la cama con otras dos compañeras y comer comida podrida. Las luchas laborales y la forma de vida de estas dependientas, proletarizadas en lo económico pero en estrecha convivencia con las clases altas, añadirán un elemento más a los discursos sobre el género de la época, que se volverán enormemente complejos. Sufragistas, dependientas, psiquiatrizadas y ladronas desafiarán a la sociedad victoriana y sentarán las bases para los discursos sociales sobre el género en el nacimiento del capitalismo comercial. Pasen y lean porque el ruido de los escaparates rotos todavía sigue escuchándose.



LADRONAS VICTORIANAS

CLEPTOMANÍA Y GÉNERO
EN EL ORIGEN DE LOS GRANDES ALMACENES





Sufragista encarcelada en la prisión de Holloway. El edificio había sido objeto de un atentado con artefactos explosivos por parte del movimiento sufragista (1913).

We look for a ribbon, a flower, a chiffon of some sort
or other, and we find ourselves in a Paradise of ribbons,
flowers, and chiffons, without which our life becomes
impossible and our gown unwearable.

Lady Jeune, 1896.



LA GÉNESIS DE LAS PIELES



Esta historia dramática empieza con un manguito de piel de los que se utilizaban en el siglo XIX para refugiar las manos en invierno. Un manguito de piel obscuro y solitario, un resto voluptuoso de un animal marrón tenue sobre una vitrina de cristal, algo entre lo animal y lo artificial. Una fruslería peletera convertida en un envoltorio para dulces nacarados: unas manos que no friegan y no cocinan pero que saben tocar el piano y son dueñas de una epidermis tan blanca como la de los jarrones de los interiores burgueses. Un trozo de confort expuesto e iluminado que, en la estricta separación y distribución vertical de los objetos que se impuso en los grandes almacenes decimonónicos —por ejemplo, los Marshall Field de Chicago—, estaba más cerca del cielo que de la tierra, ya que las ofertas se situaban a pie de calle y los artículos de lujo susceptibles

de envidias y de hurtos en los pisos superiores. En el centro de esa sección de pieles, situada en los últimos pisos de los mastodónticos grandes almacenes, se apostaba un detective privado que, especialmente en la temporada navideña, se dedicaba a mirar de hito en hito a los ojos de las señoras burguesas intentando bucear en las profundidades y las intenciones de esas mujeres que vivían el ocaso de la época victoriana.

La historia avanza con otro trozo de piel no menos obscuro: el útero, la matriz. No sólo los detectives privados miraban directamente a esas señoras, lo hacían además los alienistas que también estaban situados en el centro, no de la sección de pieles, sino en el centro vital de la mujer decimonona: el útero, centrípeta peonza extraperitoneal, el sentido último de la feminidad burguesa. Porque, no nos engañemos, para la mujer acomodada que robaba un manguito de piel pudiendo pagarlo, para una mujer arrastrada en el sumidero del pequeño hurto, para una cleptómana, sólo existía una explicación: acababa de ser conquistada por su anatomía, que en el caso de las mujeres todas sabemos que es su destino.

Junto a estos dos trozos de pieles, el resto de elementos que aparecen en este drama los podemos encontrar ya resumidos por el dramaturgo Clyde Fitch, el autor más exitoso de Broadway entre 1890-1909, en su tremebunda obra *The Girl and the Judge* (1901) sobre la historia real de un juez enamorado de la sufriente hija de una cleptómana cuyo honor pone constantemente en peligro debido a ese inevitable robo reflejo producido por su urraquismo o cleptomanía. Es decir, junto al manguito y el útero, se encuentra el decoro (la única riqueza de las mujeres victorianas), los deberes familiares, la promiscuidad del nuevo comercio, los peligros que acechan a las señoras en los espacios públicos y las tribulaciones producidas por el eterno aburrimiento femenino, un aburrimiento de telas anaranjadas, papeles amarillos y *chinoiseries* como sacados de un cuadro de Singer Sargent. Uniendo todos estos elementos está la imaginación, porque la cleptomanía es una enfermedad inventada, una enfermedad producto de un nuevo contexto, como esos trastornos que las primeras telefonistas decían causados por las descargas eléctricas de los aparatos, un brote de locura femenina creado por el inicio del consumismo capitalista. Y que, como buena enfermedad histórica, tiene una

cronología bien delimitada, ya que podríamos decir que esta máquina conceptual de justificar sonados escándalos y de promocionar discursos rocambolescos que fue la cleptomanía fue eficaz en el Occidente capitalista entre las décadas de 1810 y 1920.

Va a ser precisamente en 1816 cuando un galeno suizo llamado Andre Matthey diagnostique a la primera burguesa rapaz acuñando la palabra y el estado de *klopemanie*, uniendo con esa gracia etimológica que tienen los médicos de los nervios los términos griegos: *kleptein*, es decir, «robar» y *manía*, es decir, «obsesión enfermiza». Pero va a ser el mentor del doctor Matthey, el médico especialista en lunáticos y fiel creyente en las causas pasionales de la locura, Jean-Étienne Dominique Esquirol, quien modifique el término a *kleptomanie* introduciéndolo dentro del cajón de las monomanías. Lo sitúa así fuera del terreno del autocontrol victoriano y dentro del de las enfermedades mentales, calificándola de «insanidad moral», una especie de «lesión de la voluntad» por la que una persona de mucho prestigio arriesga su estatus social por el robo. En sus diversos estudios, el Dr. Esquirol relacionaba todas las enfermedades mentales con las pasiones, y muy especialmente la

cleptomanía, que se convierte en el reflejo de las pasiones originadas en el comercio. De este modo la cleptómana, la heroína romántica inconsciente por excelencia del primer capitalismo, no impúdica pero sí lunática de grandes almacenes, se convierte en un reflejo oscuro de la madre amantísima y de la esposa trofeo, en una pesadilla heteropatriarcal producida por el sueño de la austeridad calvinista, culminando una terrible transformación de paloma hogareña a rapaz de *grand magasin*.